



## EN EL CORAZÓN DE LA ESPIRITUALIDAD APOSTÓLICA

### 1. Llamada capitular a superar nuestra crisis de espiritualidad

El XIX Capítulo General, celebrado en Roma en setiembre del año 1993, propuso a los Hermanos la vivencia de la espiritualidad apostólica marista como clave de refundación, como condición de permanencia en el futuro y como respuesta a lo que el Espíritu de Dios pide hoy al Instituto. Elaboró el documento titulado: **Espiritualidad apostólica marista.**

El documento intenta ser un camino concreto de superación de la crisis prolongada de espiritualidad que se arrastra, como hemos señalado anteriormente, desde hace tiempo en el Instituto y que concretiza el mismo texto en estos términos:

#### *1.1 Existe un problema de insuficiente espiritualidad:*

Aunque se perciben en el camino congregacional una serie de aspectos positivos, también existen unas cuantas deficiencias importantes que es preciso mejorar y que están recogidas en el N° 11: deficiencias en la unificación de la vida, en el desarrollo del ejercicio personal, comunitario y colegial del discernimiento, en el acompañamiento espiritual, en la oración no muy profunda y cristocéntrica. Necesitamos crear comunidades que vivan un estilo más sencillo y acogedor, que estén más cercanas y sensibles al mundo que les rodea y de un modo especial al mundo de los pobres, que compartan la Palabra de Dios y la fe que les anima y que vean en María un referente carismático de integración de vida. Aunque referidas a los Hermanos, las deficiencias de carácter personal y comunitario pueden aplicarse igualmente a nuestros laicos, enfatizando en el ámbito comunitario su vida matrimonial y de familia. El documento MISION del mismo Capítulo selecciona cuatro rasgos deficitarios más que nos implican a todos: la pérdida de vigor pastoral y catequético de algunas escuelas, la difícil lucha por evitar el elitismo en la escuela católica, la dificultad por parte de algunos Hermanos de aceptar la participación de los laicos en nuestra misión marista y la constatación de que aún no estamos suficientemente con los pobres.<sup>1</sup> A la luz de estas lagunas surge la necesidad de adquirir una mayor vitalidad espiritual.<sup>2</sup>

#### *1.2 También de espiritualidad inadecuada*

El otro problema fue claramente descrito en el Informe que el Hno. Charles Howard y su Consejo ofrecieron al Instituto al terminar su mandato:

*"No se ha acertado con una espiritualidad adecuada a nuestra vocación de religiosos laicales de vida activa. El problema no es sólo de pobreza de oración, sino de una vida que no es capaz de desarrollarse espiritualmente desde cualquiera de sus dimensiones: consagración, apostolado, comunidad, o desde cualquiera otra faceta de nuestro ser o nuestra acción".*

Aunque referido a los Hermanos, el problema es igualmente válido para los laicos. La espiritualidad propia de su vocación es desarrollar su vida cristiana, la fe recibida en el bautismo, desde las múltiples dimensiones de su vida: como profesionales, como esposos, como padres, como hombres y mujeres inmersos en el mundo, con responsabilidades sociales y políticas, viviendo en una época determinada, con una cultura particular...

<sup>1</sup> XIX Capítulo General, Misión, 13

<sup>2</sup> XIX Capítulo General, EAM, 1



## 2. Nuestra espiritualidad es apostólica

El Nº 7 de las Constituciones de los Hermanos Maristas define la espiritualidad marista como **mariana y apostólica**. A medida que nos fuimos distanciando de los tiempos del P. Champagnat y de los primeros Hermanos, modelos carismáticos, nuestra espiritualidad prosiguió siendo mariana - aunque con altibajos y cierta tibieza, superada, en gran parte, gracias a Dios, hoy día - pero no apostólica. La espiritualidad de los Hermanos tenía más matices y acentuaciones monásticas impropias de quienes, por vocación, vivimos en el mundo, en contacto permanente con él, y realizando una tarea eminentemente secular. A esto se refiere el Informe del H. Charles, anteriormente citado, cuando califica a nuestra espiritualidad de inadecuada.

El documento elaborado en el XIX Capítulo es un primer intento de **profundizar la nota apostólica de nuestra espiritualidad**. Fruto suyo es el trabajo de animación que se está haciendo a nivel de todo el Instituto, para lograr como dice el Mensaje capitular, "*pasar de un activismo y de una vida espiritual demasiado dependiente de los ejercicios de piedad a una existencia más unificada que deje lugar a la presencia de Dios en nuestra vida y a la presencia de la vida en nuestra oración*"<sup>3</sup>. Comencemos afirmando que la calificación de **apostólica** no es una nota accidental, sino más bien sustancial. Hace alusión al tipo de Vida Religiosa y de espiritualidad que surge en la Iglesia en el siglo XVI con la aparición de los clérigos regulares y, sobre todo, de los jesuitas. Ellos instauran un modo nuevo de ser religioso caracterizado por acabar con el estilo conventual y adoptar una forma de servir a Dios, de seguir a Jesucristo como lo hicieron los apóstoles, la primitiva comunidad apostólica, es decir en contacto con la gente, en medio del mundo.

## 3. Intentando una descripción:

El documento capitular, sin agotar el tema ni mucho menos, habla de cinco rasgos que caracterizan a la espiritualidad apostólica, a saber:

- *La pasión por Jesucristo, su Evangelio y su Reino.*
- *El tener alma de apóstol, celo apostólico, amor y compasión por el ser humano que le lleva a desvivirse por la salvación de las personas.*
- *La oración apostólica que es una manera peculiar de orar.*
- *La unificación de la vida.*
- *La encontrar a Dios en la vida, en el mundo, en la realidad de cada día, y allí escucharle, adorarle, amarle y servirle.*

Todos estos rasgos son importantes y están relacionados entre sí. Vamos a centrarnos ahora en el último rasgo por parecernos que ahí reside el corazón de la espiritualidad apostólica.

Presentamos, pues, algunos puntos que consideramos centrales:

### 3.1 *La gloria de Dios irrumpe "desatada y desenfrenada" por todas partes.*

Así lo siente y lo vive el contemplativo en la acción. Descubre la esencia de lo sagrado en las cosas más humanas de la vida. Para él no hay nada que no sea un acto sacramental, una teofanía en la que emerge el rostro y la voz de Dios. Por lo mismo, puede percibir su voz y vislumbrar su rostro en cualquier circunstancia y acontecimiento, por insignificante que parezca. Por esa misma razón derrocha compasión y sirve valiente y generosamente a los otros, porque son para él el icono sagrado de Jesús: lugar de adoración, de comunión y de respuesta.

### 3.2 *Hacer experiencia de Dios en lo cotidiano.*

El mundo es el lugar de la adoración de Dios. El Señor emerge en la misma densidad de las cosas, personas y acontecimientos, y es ahí donde el que vive la espiritualidad apostólica siente que Dios quiere ser escuchado, servido y amado. El mundo, la historia, el apostolado, no son obstáculos para el encuentro con Él, sino una mediación obligada.

---

<sup>3</sup> XIX Capítulo General, Mensaje, 16

No sólo se encuentra a Dios en la oración, sino que también el mundo es condición necesaria o camino para dicho encuentro. Con términos de S. Ignacio se trata de un doble movimiento: descubrir a Dios y amarlo en el mundo, y amar en Él a todo el mundo.

Se trata de una espiritualidad que sobrepasa la oposición entre pura interioridad y mundo exterior, entre contemplación y acción. Haciendo de la contemplación una actividad de todo el hombre en todas sus circunstancias, y de la acción una praxis humana que es alcanzada críticamente por la contemplación de Dios.

### *3.3 Adoptar esta actitud ante la vida requiere de un proceso.*

Exponemos aquí el que José Antonio García presenta en su artículo. "Místicos horizontales". Hay otras maneras de presentarlo. El primer paso lo llama **hacer lecturas trascendentes de la vida**. Supone el ejercicio habitual de leer la historia, empezando por la propia, de una manera no superficial o plana, sino trascendente. Este ejercicio consiste en taladrar toda realidad o todo acontecimiento, todo aquello que nos sale al paso, hasta descubrir en su fondo un mensaje de Dios, despellejar las capas exteriores de la vida hasta llegar a su núcleo y percibir allí la cercanía amorosa y salvadora de Dios. Perforar la capa externa y dura de los acontecimientos para poder entablar la relación adecuada con el misterio de Dios. ¿Qué nos estará diciendo Dios con esto que sucede? ¿Qué mensaje nos quiere comunicar en esta circunstancia comunitaria, en este encuentro de profesores? ¿Cómo nos ha hablado en el día de hoy? ¿Cómo se nos presenta en esta persona concreta, en este niño o joven?

Este primer paso es básico y tal vez no sea errado afirmar que no estamos muy acostumbrados a él, aunque podemos exhibir ejemplos notables como los del Hno. Henri Vergès, los cuatro últimos mártires y tantos otros Hermanos.

El segundo paso es darse un espacio donde se produzca un encuentro cordial, afectivo y libertador con quien ha aparecido en el fondo de la lectura trascendente, Adorarle, vivenciar la experiencia de pertenecerle y suplicarle que progresivamente vaya produciendo el descentramiento. Vivir en el gozo de la confianza y de la entrega incondicional. Escucharle y disponerse a la obediencia, una obediencia radical. Experimentar también la acogida incondicional por parte de Él, su amor, su perdón. Percibir sus ojos que miran apasionadamente al mundo. Y acoger la invitación a participar de esa misma mirada y de la compasión de su corazón.

El encuentro es fundamental en el proceso. Madura cuidadosamente el corazón y lo dispone a dejarse sorprender por la presencia de Dios en los lugares más inverosímiles. A su vez, proyecta luz sobre el acontecimiento o práctica que le sirve de soporte. La acción que realizamos es juzgada por la contemplación que estamos haciendo e invitada a colocarse en la óptica de Dios. Nuestra libertad se siente llamada a articularse obedientemente en la libertad de Dios. Verlo todo desde sus ojos y su corazón y hacerlo todo orientado hacia el horizonte de su Reino es la máxima pasión de quienes viven la espiritualidad apostólica, y la forma que adopta su oración preferida.

En el fondo, ser contemplativo en la acción es vivir en tal escucha adoradora de Dios en el mundo que en ella nos podemos hacer constantemente la pregunta: ¿qué debo hacer? Y sospechar obedientemente la respuesta. El ejercicio de la presencia de Dios encuentra aquí concreciones muy profundas.

Terminando el encuentro, **se vuelve de nuevo al mundo**, a realizar la misma tarea pastoral, a encontrarse con las mismas personas, a vivir en la misma comunidad o con la misma familia. Pero no se vuelve de la misma forma. La acción que se va a volver a realizar ha quedado bañada y dirigida por la contemplación de Dios y su mirada amorosa y crítica. De ahí la importancia de lo que se haya producido en el encuentro. La calidad de él marcará las características que adopte la acción que se vaya a realizar. Tenemos la impresión de que perdemos garra y profetismo en nuestra vida porque no tenemos práctica habitual de estos encuentros personales y liberadores con el Señor.

Dice el P. Arrupe: "para un contemplativo en la acción, para un hombre apostólicamente integrado, toda experiencia de Dios es acción por los demás y toda acción por los demás es tal que le revela al Padre y le une más a Él afectiva y comprometidamente". Nunca mejor dicho en clave de unificación e integración.

#### 4. Vivimos la espiritualidad apostólica con rasgos propios

La espiritualidad apostólica es una forma de seguimiento de Jesucristo que el Espíritu ha suscitado en su Iglesia y de la que nos hace partícipes por nuestra condición de religiosos de vida activa, o de laicos. Ahora bien, vivimos dicha espiritualidad con un estilo que nos es propio y que nos distingue de los otros laicos o de las otras familias religiosas. Dicho estilo brota del carisma específico que hemos recibido, de nuestra condición de **maristas**. Hacemos la experiencia de descubrir a Dios en la vida y llevar ésta hasta Él como maristas, con unos rasgos que nos identifican: con un estilo mariano, sencillo, de fuerte presencia entre los niños y los jóvenes, con gran amor al trabajo y el cultivo de las pequeñas virtudes que configuran un atrayente espíritu de familia. Tradicionalmente, al hablar de espiritualidad marista nos referíamos a los rasgos que acabamos de mencionar. Nos parece necesario que se produzca un cambio de comprensión y caractericemos a nuestra espiritualidad con los rasgos que las Constituciones señalan: apostólica y mariana. El resto lo podemos encuadrar en el estilo propio de familia que permea cuanto somos y hacemos, también la espiritualidad.